EL FUEGO MIGUEL HERNANDIANO

Por
JACINTO-LUIS GUEREÑA

I.– Entre prólogo y epílogo

Tantos pájaros a la deriva,
tanto trigo en redes a la intemperie,
tanta osamenta de fiel ternura
y de áspero y remoto sosiego,
tanta hambre visible y amaneciente,
tanto pan de canciones y desposeído,
tanto dolor en zurrón imperativo,
tanta ascensión sin vuelo,
tanta lava en orillas del desierto,
tanto sueño entre himnos de amnesia,
tantos oleajes en los manantiales,
tanta voz por los ríos amoratados,
tanta erosión de las caricias,
tanto mapa con las primeras hojas perdidas
como si el trasiego de las sombras y la muerte
no bastase.
Magnéticamente, los tatuajes.
Espigas con lejano mirar litúrgico.
Ave de luz en travesía ya mustia.
Corazón de impaciencia desprevenida.
Espejos que el mármol asedia y horada.

Piel y cuerpo y raíces y miel de paisajes,
palabras sin descreimiento,
andadura mortal de tormentas
en los cruces del camino,
ansia de cobijo ubérrimamente terrestre,
aquí, en huertos de leyendas y alas,
aquí, inquietante lección no enloquecida,
aquí, donde la noche enarbola sus sombras,
esta desnudez que mira y recuerda,
esta siembra de tosquedad y magnificiencia,
días que en labios curtidos envejecen,
venas en floración de sed y miradas.
Todo cuando verdea y dignifica.

Leales y homenajeantes emociones,
presentimiento de plumas y ramas,
semilla escrita entre prisa y confianza,
mutaciones de enigmas verdisoleados.
Nunca se ausenta el vértigo,
geografía de latidos desbocados
viento africano y elogioso

en arcoiris de arraigo y desarraigo.
País primero y final de los diálogos,
gemido que fluye de lo más fulgente,
rosa desde el alba muy arropada.

Desnudo, el árbol. Todo el horizonte.
Mucho lo podaron. Y aún retoñan hojas.

Se evaden los sueños, sin exilio.
Arde la memoria de edades inmensas.

II.– Biopoética del fuego Miguelhernandiano

Como si fuese axioma

La creación miguelhernandiana me parece encajar muy adecuadamente dentro de lo que yo llamo literatura luminosa. En su quehacer brota lo fulgente, lo que conlleva luz y no meros fuegos de artificio. Por eso es llama viva. Sin excepticismo y quizá se explicaría por el talante siempre arremolinado de su juventud. Con el arraigo del entorno geográfico y como si le naciese, en todos los instantes una sensibilidad globalizadora aunque muy asentada, concretamente, en los ejercicios amorosos de lo sensual y lo sexual. Fue hoguera en fogosidad determinante. Con el acuciante deseo de lo solar. Sangre joven y por ello mismo impetuosa, realidad muy difícil de calmar. Y de ahí derívanse sus empujes, sus impaciencias, su constante caminar hacia lo deseado y soñado, envalentonándose en sus pasiones por la luz de mujer y país y mundo. La decantación que en el hombre se resume.

Tal vez pudiera esbozarse un mapa de situaciones crítico-interpretativas y subrayan mi sincera lectura:

a) poesía honda con la guerra y lo mismo sin esa angustia sangrienta y esperanzada;

b) poesía intensa con la cárcel y, seguro, sin torpe emprisionamiento hubiera conocido más lo que era su fuerza irradiante;

c) todo conduce a pensar que la escasa estancia terrestre que fue la suya y lo que pudo asumir de libertad y fluidez y pasión y ensueños y sosiego, madurando de modo increíblemente rápido su poesía ya que poseía vuelos y arraigos de autenticidad y de amor, demuestran muy a las claras que pese a la mímesis (el derrotero ya sabido: clasicismo, romanticismo, surrealismo, nerudismo, aleixandrismo, y sin olvidar su «poésie engagée»), tenemos obra global y detalladamente significativa, importante y fuera de contingencias y alusiones circunstanciales. Reitérase en su vida-obra una hermosa y fervorosa urgencia de vivir y soñar, comprometiéndose el poeta a fondo con las exigencias de la esencialísima palabra de poesía. Era la experiencia vivísima y actuante del poema. Y aunque el estado y situación del quehacer poético, su radicalísima creatividad, no sea por esa razón de darse totalmente a la poesía, un valor en sí y autojustificativo de calidad (y que, lógicamente, hay que cultivar y con toda perseverancia) siempre acaba por emerger y alumbrar, imponiéndose, la estructuración escrita de la poesía, la materia misma del poema, que es su manantial y desembocadura al propio tiempo. Es la luminosidad terrestre de la palabra miguelhernandiana. Y más o menos, con altanería juvenil y casi irónica, lo supo y lo predijo. Recuérdese aquello tan conocido suyo: «Que yo puedo / subir muy alto... Sin alas». Pero las tuvo para volar, sus palabras fueron alas abiertas, desplegadas, otorgándole lo mismo el ímpetu que la serenidad. De todos modos, era la confirmación de su poesía a borbotones, apasionada, incluso en la quietud. Y pese a las

correcciones, que las hizo, y bastantes, siempre bulle en el fondo de la palabra de poema una llamarada, la desnudez del fuego. Es su magnetismo, la consagración de la indudable calidad.

Descorriendo cortinas

Se acerca, temblorosamente, el manantial de la palabra, su edad, no le sobra aún al poeta su corazón. Sólo cabía imaginar aventuras dramáticas. Había que cantar, y sin ser mártir, sin ser héroe, los días del vivir y soñar, siempre podía brotar y germinaba a las claras «un carnívoro cuchillo / de ala dulce y homicida, la amenaza que anilla al hombre de vida» («El rayo que no cesa»). Y es que la voz puede disfrazarse llenándose de vacío, como tinaja ya agrietada, y así oírse una música falsamente. Ya había subrayado César Vallejo que no todo es orégano, y es «Perdonen la tristeza». Algo que le convenía a Miguel Hernández. Ambos proclamaban la unidad de ser y estar en la vida. No es matar el tiempo. Ni exiliarse en los abismos menos turbios. Y, mucho menos, no es voluntad de afirmaciones, radicalizándose en ejercicios y variaciones de retóricas. Siempre cabe ramonear y cortar las ramas inútiles y dejar desnudo al árbol y contemplar para admirar o denigrar los coloridos vitalizantes de la arboleda, incluso del bosque. Lo mismo, la palabra, su engarce, sus collares. Tajantemente, reconózcase que la voz con careta y antifaz sólo es dar ilusión y espejismo a la realidad, como esas puertas y ventanas y flores que suelen adornar fachadas ya leprosas y harapientas. No siempre es nocivo esa metodología, y la poesía puede y sabe apreciarlo. Es el rigor constructivo del oficio. No caben exageraciones y con prístina oportunidad Verlaine aconsejaba que se torciese el cuello a la elocuencia, esto es, a la bisutería en la creatividad. No hay que llegar a tanto, ni mucho menos, en Miguel Hernández su voz desnuda y con manantial natural y adecuado, la fluencia de palabras y presencia humana que denotan su poderío de vida terrestre y terrena y con autenticidad tal que incluso logra extrañarnos pasmándonos en aceptación muy positiva. Sí, por honda y próxima, poesía en comunión, voz unitiva y unidora enarbolando el compromiso consigo misma. Una poesía sin aspavientos de efectividad. Es la identidad más leal en sus llamas, su iluminación en poesía humanísima, casi nacimiento renovado y constante de cimientos que convergen con la alta calidad aleixandriana de «La destrucción o el amor». En la voz poemática miguelhernandiana, escarbando y ahondando el estandarte de su creación en su riqueza más evidente y más anhelante por la pureza de lo humano:

> Querer, querer, querer,
> esa fue mi corona.
> Esa es.

Todo aletea, ratificándose, en búsqueda de conocimiento, y para siempre irrepetible en su vocación de sentimientos: «sólo quien ama vuela», sentencia justísima del poema «Vuelo», en donde se ejemplariza la vida solidariamente sentida:

> Amar...
> ...Pero, ¿quién ama tanto
> que sea como el pájaro más leve y fugitivo?

Reiteración de llamas, las del corazón que se vuelca y esparce en su sinceridad. Acabamos de leer estas palabras, rosa despierta y deshojándose sólo por herida del querer, y se oye un vendaval de elegía en desnudez total y escalofriante. Es viaje a los confines de los sentimientos de uno y de todos en adecuado idioma generador y auxiliador en su expresión privada y pública. Abarcadora sencillez de la impaciencia. Si se habla así, si el poeta confiesa su ansiedad y sus tensiones, se debe a que lo piensa y sueña y siente así, no puede escribir de otro modo. Muy a menudo, lo ausente ocupa el lugar

vivo de lo presente. Se deduce que haya vulnerabilidad y que brille el dolor consiguiente. Dada la fragilidad, y aunque esperanzada, es trayectoria sin semillero granítico, y por humana puede quebrarse y se quiebra. Biopoética vivida y que ya en los surcos, en el tiempo arable y sembrable, siempre se enraiza, se adiciona a la geología y a la savia en lo más íntimamente biográfico, poesía en una interioridad solidaria y compartida por sus sueños. Es la complicidad de las intuiciones en ráfagas de fuego, la convivialidad de la voz en situaciones de toda poemática, es la palabra de poesía como envalentonada fuente de aspiración y escrudiñamiento de lo dialogador. ¿Se ha visto la ausencia de perversidad en el poeta oriolano? No es que brote a ramalazos, acaso nunca la hubo. Y tampoco hay llameante empuje de conocimiento, ir hacia el conocer gracias a la poesía. Es otra cosa: una voz fuertemente apasionada y prístina en la proa de sus palabras, muy pronto sin imitaciones y con identidad personalísima. Ese fuego, esa luz, ese planteamiento humano del poeta, nos roza y acaricia y habla y nos ayuda, ese fuego necesario.

Sin embargo, la brevedad dramática de su vivir no le permitió ampliar su voz en matización siempre atinada como sensibilización de su visión del mundo. No le fue posible. Acechábale el tiempo en toda su potestad. Todas las facetas se enraciman, están dentro de su sangre y afloran en sus impacientes razonamientos aunque su timidez todo lo acalle momentáneamente: familia, casa, oficio, comezón de ilusiones, paisajística envolvente y hostigadamente en sueños, lecturas, amistades, deportes, amores, la vida majestuosamente juvenil y doliente y mágica, la vida oferente y su muestrario de promesas. Todo se agolpa, como tormenta repentina casi siempre, todo se pone a vibrar desde lo más hondo. ¿Qué mayor hoguera y qué llamas en vanguardia más perforadora? Las miradas derraman sus arraigadas desazones, tempranamente amorosas. ¿Hay que invocar a Ortega y Gasset y aplicándose su pedagógica advertencia de que vida y poesía, por diferentes, no se mezclen? Tan a raudales vive y escribe Miguel, tan apasionadamente, que todo es aceleración, latidos y estrofas interpenetrándose concéntricamente, savia y sustancia del mismo cauce, sin deslindarse. A ratos, extraviándose, y escribiendo más de lo que debiera, en débil y torpe poesía. Poco importa, subsiste lo esencial, nada de abalorios en la desnudez de su palabra cuando consigue intensos poemas, empuñando el alba y el amor y las quimeras. Siempre hermosa y centelleante vitalidad de fuego, chorro poético atropelladamente instintivo, insoslayable, «fatal torrente», y él lo dijo así, forcejeo del sonar despierto, insistía: «eso pide mi garganta / desde ahora y desde siempre». Obsérvese ese dinamismo, compruébese, recójase su estructura poemática en la última etapa esencialmente. ¿Cabría otro encarecimiento interpretativo, otra hipótesis de lectura que lo modificara? ¿Cabría enmarcar al oriolano en artificialidad casi coherente y casi convincente entre fuegos fatuos y abalorios del poema? Me parece impensable. Así, los nudos se aflojarían, rompiéndose la dialogación, sólo en espejismo de hondura. Todo lo contrario se lee en Miguel, vemos sembrarse el sentir más suyo, más punzante, más anhelante, es fundir vida en la poesía, compaginándolas, preguntas y respuestas de eternidad, soñémoslas con él:

> Abrazado a tu cuerpo como el tronco a su tierra,
> con todas las raíces y todos los corajes,
> ¿quién me separará, me arrancará de ti,
> madre?

Este poema «Madre España» nacía en desangrante historicidad, empapándonos en la desnudez hiriente de sus llamas. Temblor humanizado y que la esperanza conoce mutaciones, y en aquel de hoy y de siempre se puede expresar:

> Aquí estoy para vivir
> mientras el alma me suene...

respaldándose la tragedia en la luz de sus estrofas, «Sentado sobre los muertos» y aquí mismo leemos: «Varios tragos es la vida / y un solo trago la muerte». Acaso, y literalmente, la necesidad de vivir dignificado en biografía de soledades coexistentes y sosegadamente deseables: «Ayudadme a ser hombre» (cf. el poema «El hambre»). ¿Quién no necesita ayuda de los demás? Ese desasosiego es tan grande, tanto le corroe, que la expresión se identifica noblemente en la siembra de significación estética gracias al simbolismo más conciso y profundo de la palabra, en «Llamo al toro de España»:

> Alza, toro de España, levántate, despierta,
> despierta del todo, toro de negra espuma,
> que respiras la luz y rezumas la sombra,
> y concentras los mares bajo tu piel cerrada.

Al incendiarse el poema, no todo es perfección iluminante. Llamas del hombre y de España y de la lejana memoria del mundo. Llamas llameantes, pleonasmos que sobreviene ajustándose a la sensibilidad que arde en el poeta y en el idioma. Hay mucho patetismo, versos preñados de fuego y dolor y empañados de su crónica más transparentemente asumida, expuesta en vilo. Sería torpe creer que esta voz defrauda. Sería malsano arrinconarla, con algún que otro pretexto. Tal es su granazón y su amplitud, tal su vastedad de emoción y humanismo. Y que conste que la impulsiva creatividad nunca estuvo reñida con su deseo de depurar y mejorar y cargar de emoción su acechadora creatividad, la semilla intuitiva de su poematizar.

Intactos, o modificables, los tatuajes de la vida, en sueños del corazón, y acarreando hasta la desesperación, sin contradicción alguna, lo que se ha llamado esperanza trágica (cf. «l'espoir tragique», entrevista con E. Morin, «Le Monde», 20-11-1991). Todo lo miguelhernandiano encaja ahí, sembrando y deseando y cosechando esperanzados instantes y panoramas en la individualidad y en la pluralidad. Así lo escribo: la palabra de poesía esperanzándose trágica y radiantemente, lo hermosamente soñado y sentido y expresado.

Ya en el umbral de globalizaciones

I

La poesía, una biografía, una geografía, una casa abierta. Y un despojamiento. Sin necesidad de recurrir a estratagemas, y evoco aquella manera, muy ingeniosa por cierto, de la literatura picaresca, que se forjó al levantar techumbres para que las miradas se adentrasen y viesen las escenas de la casa con sus moradores así descubiertos. No se muestra así en la poesía, la palabra es más precisa y más directa, sin brezales, sin matorrales altos y enfangados. Pese al barro de la vida. Tal vez pueda aplicarse a Hernández lo que dijo la lucidez antoniomachadiana sobre la patria nuestra y en una hora de tragedia: «... es el nombre de España, sin adjetivos...» (cf. «La Voz de España», abril de 1937). La esencialidad, en enfoque especial. Y podríamos decir, sin dilaciones: «...es el nombre de la Poesía, sin ad jetivos». No es que sea fórmula exclusivista. Pero se piensa en la esencialidad más tozuda y actuante, en la hondura de emociones, algo que se asemeja a una emblemática del ser total, del hombre que integra en su densidad las más variadas significaciones del tiempo del hombre y de sus sentimientos. El lenguaje, desnudándose. ¿No lo es, en entrega de exigente decantación, y no se esparce en la poesía hernandiana su nombre de pila y sus apellidos, su designación más localizada y amplísima y por lo tanto duradera sustancia? Así es, para mí, y tanto voz desnuda como voz barroca. Insustituible, dada su autenticidad esencialísima. No se diga que se rechazan los adjetivos, los hay, y muchos, y se resalta su energía. Adjetividad y sustantividad en la palabra, ya sea verbo y cuanto completa la expresión. Lo de dentro, es lo tenso, fuego y luz junto a lo oscuro de tinieblas. Es lo que llamo oscuridad tolerada, y estar en el

poema, a base de sustantividad no es rehusar la comunicación con lo adjetival. Desde ángulos de distinta acústica, irradiando, es el propio eco, más denso, más matizado, siendo siempre el nombre de la poesía y de España como manatial único. La expresividad es lo que predomina, lo que cuenta, es o no es el poema. Con temblor del hombre. Lo que Malraux quiso significar en su novela: «La condición humana». Lo demás, en muchos casos, se pone de adorno.

El fuego hernandiano de su palabra de poema, ese fuego del que la agonía unamuniana quiso reflejar soledad junto al intimismo, tenía que desembocar en amor. Casi un postulado, casi fatalmente. Lo más alejado del fingimiento. Un fuego que pese a consumirse renace vitalmente en los versos. Tanta verdad encarna, que acercándose más cabe situar aquí, para Miguel, aquellas rotundas afirmaciones de Unamuno: «creer es crear» y así «se vive en una perpetua lírica infinitesimal». ¿No lo logró Miguel? Asimismo le conviene otra frase unamuniana: «lo universal en las entrañas de lo local y en lo circunstancial y limitado a lo eterno». No hay confines, es la eternidad y la vastedad con rayas fronterizas y nada más, como si fuesen límites fijos. En la voz miguelhernandiana, desnudándose, despojándose en la esencialidad, hállase su vivencia de español y de humano en el meollo reducido de su terruño, y al propio tiempo la resonancia del mundo en los espejos directos del latir de todos los segundos, de todos los instantes. El fuego no se apaga, se acrecienta, se siembra. Una sensibilidad así se alojaba en la comezón de los días, y en menosprecio de lo nocivamente injusto. Pudiera ser que, en su fuero más interno, allí donde habita lo más misterioso del hombre, la voz de Miguel captase su existencia y su actuación al servicio del amor en ondas de majestad pantocrática. Así respondía a sus exigencias. Su poesía encajaba con valores terrestres de humanismo casi religioso a fuerza de ensueños y de convivialidad asimismo esbozada en sueños. El hombre hecho sed anónima y total, dando al poema su simbolismo y su profecía de real y actuante palabras de comunicabilidad. Ya es búsqueda propia, sin guías, camino en metamorfosis de adecuación a la realidad y siempre con raíces de lo soñado. Es arte definiéndose como palabra de intuitiva y lúcida autenticidad, y con «Viento del pueblo» y «Cancionero y Romancero de ausencias» sobre todo, aunque sin excluir totalmente «El rayo que no cesa», estructuralmente, arte con magia inmarchitable de la palabra. Al fin y al cabo, la vida que hace a los poetas hombres de poesía entre y junto a los hombres. Aquel verso final con desnuda intensidad, en «Cada hombre»:

El hombre yace. El cielo se eleva. El aire mueve.

O también las llamaradas de un fuego ya dentro de encaminamiento más palpablemente humano y hasta germinador de memoria, como en «Mi sangre es un camino»:

Necesito extender este imperioso reino,
prolongar a mis padres hasta la eternidad.

Conforme los años van dejando sus señales, la poesía se asienta y vuela con asediantes testimonios. Así, reconoce que se aflija más al contemplarse más, y acaso en biografía cuyo dolor es nefasto por la mala suerte que conlleva, y siendo quizá árabemente fatalista, escribe su poema de ensimismamiento «Me sobra corazón» y sabe que popularmente, solidariamente, los vientos le aventan la garganta y le esparcen el corazón. Todo es fuego, y tiene que surgir la sed. Y porque es riada y tempestad el agua en los abismos humanos, acabará confesando en «Casida del sediento»: «Arena del desierto / soy: desierto de sed». Una vida permeable y promesa ante las tormentas de la existencia. Es voz dándose cuenta de que no es rodearse de coros y oboes y plegarias, hay algo más, y nada viene de corifeos y plañideras, y si se sufre hay que soportar el dolor con ternura y furia al propio tiempo, vida que se le hinca en latidos de claridad. Y no es que no le salgan bien las cuentas de existir, nunca deja de hacerlas, sino que «muerde la hiel por sus

raíces» y en su rostro tiene «desesperado sonreír» y pide angustiosamente que no se consienta verle «de sangre / como una bala loca» y así se sintetiza, balbuciente y lúcida, su palabra patéticamente espacial y temporal, casi antoniomachadiana en esos enfoques de «Mi sangre es un camino» y con las estampas de Orihuela en sus miradas. Quizá sea la voz que más le conviene, el fuego que más le quema sin destruirle, la voz que (en mi creencia) más apasionadamente necesita. Sin olvidar que se anudan seriedad y juventud y también su desamparo y su pesar, traspasado el umbral de aprendizajes, aguardando en tristeza «a que venga la muerte en dirección a mi garganta» y recalcando que «La tierra es un amor dispuesto a ser un hoyo» (cf. «Vecino de la muerte»).

No quería que se le pusiesen obstáculos, los tendría que salvar, esfuerzos de confesada impotencia en alguna circunstancia de vida, es ahora voz nerviosa y llena de preocupaciones, ya por los caminos generosos y destelleantes de la poesía viva y humana y caótica, la que se suele tildar de impura en equivocación absoluta y muy al margen de la sensibilidad testimoniadora.

II

Siempre subsiste la duda de uno mismo y la propia creatividad se ve entre desmadejadas nubes de insomnio, se duda si la palabra de sustancia humanamente poemática se está mirando en un espejo que no le corresponda. Cruzó el poeta esos territorios. Y la problemática es de impotencia, se plantea nada menos que el camino más elegible y el encaminamiento elegido, aquello que le dicta su interioridad que ásperamente aletea y no cesa de hervir. Ahí se alberga el fuego. Y de ahí debe extraerse su condicionalidad más creativa. No hay oquedad. Todo lo llena la vida, su realidad y sus sueños. Ni la soberbia, ni la vanidad. Por eso, interpenetrándose en lo que fue vieja amistad de Orihuela, Ramón Sijé le decía: «Quizá te contemples en un espejo que no es el tuyo». Resultaba al revés. ¿Una pila bautismal de arraigo y sólo lo levantino y mediterráneamente consustancial? ¿O lo sentido y proclamado religiosamente? Resultó ser una fase vivida pero de provisionalidad definitiva y bastante pronto reconocida por ambas partes. Aunque echase ancla la amistad y surgiese luego la emocionante elegía para llorar al amigo como un hortelano, lágrimas de poema por un compañero del alma. Pero se había quedado atrás esa etapa.

III

El fuego miguelhernandiano no se enfría, sólo conoce sobresaltos en sus llamas pero ya no se verá inmóvil y yerto como en imposible desierto. Las palabras suyas son vasos comunicantes y hasta explícitos muchas veces, se van amontonando deseos y recuerdos en espera del alba que los despierte y los incorpore a lo diáfano y a lo turbio de los días humanos y terrestres. La semilla, siempre se rescata y persiste y pasa a ser identidad de la biopoética y de la palabra propiamente dicha de la poesía. Al ser intensificación de luz y de sed, se alza como bandera hímnica, se transmuta en arte exacerbado y decantado de estructuración poemática. En su lumbre más empujadora y comunicativa rehace siempre el corazón igual que un esenciero o semillero o manantial, no deja de fluir y latir y por eso arde y se malhiere, vive en los peligros de emocionante lenguaje, se vuelve irradiante palabra de poema. En esta poesía vemos, vivimos, soñamos, compartimos este fuego. Del modo más subjetivo, más sumiso en la dinámica de la escritura. Creamos, creemos, figurándolo, prosigamos el camino hacia más adentro, al huerto que es médula del fuego creador de fulguraciones. Esta palabra humanizada y quemándose, ¿no es asimilable a una morada de oscuridad tolerante y útil, hermosa y tolerada en sus relampagueos?

Sin que aflore aquí la significación del parecer pascaliano, lo del *moi haissable*, permítaseme que sueñe y adivine luces y estrellas y arcoiris ante mis ojos insomnes. El mundo abierto de los días. Yo quisiera que fuese solar la noche, y viceversa, que en brillantez de sombra luciese la desnudez del alba. No se diga que así, enigmáticamente, están interviniendo Rimbaud y Mallarmé, que se deslizan en las fisuras del comentario. No hay llamamiento alguno. Creo que la luz clamorosa atrae a otras antorchas y lámparas de mayor o menor prestancia iluminadora. Siempre, la iluminación en la poesía. ¿No es el fuego biográfico y creativo del poeta en las mieses de su tensa y brevísima plenitud? La edad de las palabras en proyección de hoguera a lo largo de las cuatro estaciones. Ardiendo, sed inapagable como activación de la vida y la memoria y el futuro. Los sentimientos candentes. El tiempo es nuestro existir y con llamas lo forjamos. Creo que debidamente lo fue subrayando Miguel Hernández, nunca ahíto de nada. Parece evidenciarse la fascinación de un fuego insistente y en total desnudez. Abarcándose el poderío y el alcance de cuanto digo en su síntesis, lo mismo que comenta Denis Roche en la óptica de la fotografía 1965-1990. Leamos: «Au dedans, un laps de temps s'est trouvé pris; tout autour, c'est l'ellipse». Va a reverdecer la palabra de poesía, azul será su otoño aunque azuleen y se desangren las otras estaciones. ¿Es meta que alcanzará la juventud del poeta? Luz aprisionada, y continuidad ante sombras que merodean en elipsis. El poema, incendiado por dentro, de tú a tú, recíproca y benéficamente, sin espejismos caldeados. La vida parece más vida. Es su misterio y nada excluye la voz del poeta, no desconfía de sus sueños al vitalizarlos lumínicamente tras un entrenamiento incesante y de englobadora temática. El poeta mano a mano con el lenguaje, es el engendramiento del poema. Una escritura personal, muy rico de materiales poetizantes en sus llamas. Poesía cíclica y concéntricamente planteada desde una biopoetización apasionada y alumbrante de la palabra.

IV

Si excesiva es la pasión, excesivo puede ser el poema. Urgencia de sosiego, de descanso que no se obtuvo. Aceptándose como realidad creativa y comprobable que el fuego también daña y mancha hasta desmadeja y destruye, pero siempre en la conciliadora coexistencia de luz y destellos y sombras, incluyéndose deficiencias. La entusiasta creatividad miguelhernandiana también lo refleja, y se expone en textos de lo irregular y de calidad literaria desigual. Muy hondos, en esta poesía, sus latidos y ensueños. La emoción, como la nobleza del sentir, no es suficiente garantía de significabilidad, no bastan para crear el majestuoso realce del poema. Pero es muy nimio, y aún indicándolo como debilidad inevitable y no como defecto, quiero aclarar que no es rebajar en lo más mínimo una obra tan intensa y densa y convivial, irguiéndose honda y altamente en «Vientos del pueblo» y en «Cancionero y romancero de ausencias». Este fuego poético, a veces algo empañado y deslucido, engendra arrebatadamente belleza y significación y hondura. Es llamear en seductora y apasionada madurez de ritmo expresivo incluso en sus altibajos, siempre feraces y en ternura humana.

V

Panteísticamente, sin la menor discrepancia posible, se derramaba su fuego por la paisajística y lo más terruñero del alma. Por ejemplo, la querencia por el agua. Y lo mismo La Muela y el río Segura y Sierra Espuña y los olivares de Jaén y las tierras extremeñas. Hay mucha religiosidad en torno a las estampas exaltantes de la naturaleza. En muchos poemas se rastrea la adecuación correspondiente. No cejaba la palabra de poesía en esta temática de lo geográfico. Pero, siempre, se trata de una geografía humana y sus mapas están habitados.

Se desnuda el fuego en vigente identidad de lenguaje

Pudiera pensarse en una cierta proclamación de la sonrisa (por remedar el título que Ramón J. Sender diera a un libro suyo). Fogatas en el aire melancólico y ardiente. Y con el poeta se sonríe amargamente:: «Sonreidme» y «Sonreír con la alegre tristeza del olivo» (cronológicamente, en «Poemas sueltos» y en «Cancionero y romancero de ausencias»). Lo emergente, era el dolor. Siempre la resonancia preocupante, mutaciones que no descansan y más bien turbias, turbadas; lo de la sonrisa que sobre el barranco se yergue, aquello ya mezclado como luz en las orillas del tiempo de vivir, un sonreír tatuado por las heridas:

> Sonriamos, doremos la luz de cada día
> en esta alegre y triste vanidad de ser vivo.

No había acentuación vanidosa, no la hay, y el claroscuro marida alegría y tristeza. La emocionalidad del olivo, férvido en su soledad, persistencia del fuego en las evocaciones. Camino desde los orígenes, sintiéndose barro, aquel niño del campo y pobre con calificación de yuntero, fuego primerizo ya que siempre tuvo confianza, sus claras convicciones como poeta. Recordémoslo:

a) «No mucho poético... pero sí un poquito poeta... Creo ser un poco poeta... por fuerza he tenido que cantar» (carta a J.R. Jiménez; Orihuela, noviembre de 1931).

b) «... leer y hacer versos e inclinarse sobre la tierra, o sobre las cabras, son la misma cosa y para leer y hacer versos, como para trabajar, es necesario amar» (carta a Luis Almarcha Fernández; Orihuela, 10 octubre de 1932).

Llamas de amor son sus palabras, aprendiendo, mucho iba a depurarse su poetización, y con excesiva rapidez la sonrisa se haría tristeza, el poeta iba a adentrarse y enraizarse en oleajes de vivir y amar y soñar. No tardaría en apartarse de la indiferencia oriolana y de la ñoña obediencia a conservadurismos de sociedad anquilosada. La voz del poeta se hizo adulta quemándose en lo más hondo y sin concesiones grotescas. La libertad de sonreír soñando, lo supo reconocer prestamente. Lo más acendrado, era lo solidario. Sin heroísmo y sin martirologio. Así, se robusteció su palabra con densidad llameante.

Tal vez quepa destacar dentro de esta poesía de fuego y de impaciencia el entregarse a la elegía y asimismo a una escritura de poemas breves pero ricos de sustancia elegíaca. Ahí están, para justificarlo, poemas muy representativos con ese llamear empujador que yo les concedo. Es significación muy densa, en:

- «Elegía» (a Ramón Sijé, texto final, n.º 29, de «El rayo que no cesa»).
- «Oda entre arena y piedra a Vicente Aleixandre» (de «Poemas sueltos»).
- «Oda entre sangre y vino a Pablo Neruda» (en «Poemas sueltos»).
- «Elegía primera a Federico García Lorca, poeta» (en «Viento del pueblo»).
- «Al soldado internacional caído en España» (en «Viento del pueblo).

No había sido precisa ruptura alguna con otras etapas suyas de creatividad. Lo elegíaco, canto sustantivado y ahondado, con barro y piedras en la boca. Sin ningún tartamudeo, el fuego en sus libres ramalazos. Ya era otro su ritmo de vida, otro tuvo que ser el ritmo de poesía. Todo lo miguelhernandiano, su palabra más rica, la más entera, la más visiblemente emocionada por el canto. Se me viene a la memoria su sinceridad: «Me dedico únicamente a la canción y a la vida de tierra y sangre dentro; estaba min-

tiendo a mi voz y a mi naturaleza terrena hasta más no poder, estaba traicionándome y suicidándome tristemente» (carta a J.G. Ruiz, de mediados del 35). Los engaños subjetivos, los espejismos disfrazándose, la energía y la dirección del fuego. Entristecerse como sereno olivar. Pero el poeta ya recuperó su verdadero cauce. Ya podía ser más río. Y, con sus propias llamas, lo fue.

Ahora, el fuego es entusiasmador, y su universo con visión más decantada, más interiorizada. De nada valdrán las vejaciones y obstrucciones, sean las que sean. En la libertad de sus impulsos ardientes y ardorosos se exponen nuevas vinculaciones. Los instantes que horadan todos los días. El lenguaje cobra hermosos derroteros metaforizantes. No todo es ímpetu, y coexisten alientos y desalientos igual que hay olas que son oleaje. Es una vitalización de inevitable oscuridades, para la fuerza solar y alumbradora final. Mientras tanto, «Para el hijo será la paz que estoy forjando» (cf. «Canción del esposo soldado», en «Viento del pueblo»), en la deprimida tristeza que dialoga débilmente: «España, jamás te salvas» (cf. «El hombre acecha»). Nunca será total y permanente la sombra, lo dirá confiadamente, la esperanza que necesitaba entonces: «Pero hay un rayo de sol en la lucha / que siempre deja la sombra vencida» (cf. «Eterna sombra»).

Esos años de creatividad, concentrándose más y más, pese a aparentes dispersiones, la voluntad guiadora de su palabra de poesía, sin cesar asumida y con alas y con raíces, se prosigue el enriquecimiento de lo miguelhernandiano. Hasta el triste final de la muerte. Hay una continua evolución, una duradera elevación, una constante hondura, una mutacional significabilidad, una desembocadura en la desnudez. Es el recorrido del fuego del poeta, la luz ondeante. Obsérvase una transmutación de sentimientos, la avidez del cometido humano de su poesía, y es que posee en sus venas de tierra y humus y savia un corazón combatiente y dionisíaco junto a una entereza casi hesiódica, y así se fue entregando siempre a los placeres y sinsabores y trabajos del mundo de vivir, tan arremetidamente apasionado. La entrelazada imaginería de recuerdos poéticos o su herencia de lecturas, la convicción de amor en la confraternidad más humanísticamente sincera y revolucionaria. Todo es ovillarse y anillarse en alba y noche, presencia y ausencia, en luz y sombra, el amor real y soñado, poseído y lejano, todo en dinamismo y silencio, en latidos y alas y vuelos y muerte. Quizá uno de sus más altos exponentes sea «Hijo de la luz y de la sombra» a sabiendas de que como aparece en el mundo y si la rueda irá lejos es porque gira. Desesperarse, el alma hechas trizas por la derrota, una paisajística en geografía de muros y reclusiones, y la voz se hace doliente aunque nunca encogida de hombres. Es fervor, es amor, es lumbre y fuego en abierta interioridad. Escuchemos: «Sigo en la sombra, lleno de luz: ¿existe el día?». Tenía que desamordazarse, regresar, y se logra gracias a la palabra de elegía y de desnudez. Hasta instalarse en la tozudez de lo oscuro. En «Eterna sombra» como ya he señalado. Recordemos otros versos en este poema de llamas iluminadoras y fértilmente ricas de claridad:

> Yo creí que la luz era mía
> precipitado en la sombra me veo...
> Sólo la sombra. Sin rastro. Sin cielo...
> Busco. No encuentro ni rastro del día...
> Pero hay un rayo de sol...

¿Para quién será la luz y las llamaradas solares? ¿No es ratificación de confianza en el compañerismo de unos y otros, amor y amistad de la vida terrestre? Es manantial que no cesa en su solidaridad, y con ataduras de la semilla: «cada poeta que muere deja en manos de otro, como una herencia, un instrumento que viene rodando desde la eternidad de la nada a nuestro corazón esparcido» (dedicatoria de «Viento del pueblo»).

Recuérdese asimismo que la vida era destrucción incesante, lo que el poeta expresó así, confesando ser de «los que gozan una muerte diaria», empuñando el alma y el alba y el fuego en la garganta y en la palabra del poema. El dolor y las ausencias y las heridas le destrozaron, como mella excesivamente cruel, y ampliamente desmerecida. En tal acongojada situación, con voz lírica que revestía su ropaje dramático y en algunos casos épico, tuvo que reconocer y dentro de su propia biografía, que había muchas grietas en el sentimiento humano, y que los ríos arrastran más agua turbia y tenebrosa que límpida y es que no siempre imperan silbos de alegría y coloridos de felicidad. Duro es vivir, pese a sueños de mujer y a que haya pájaros que con trinos y vuelos triunfan junto al verdear de árboles florecidos. Porque la mirada y el pensamiento se duelen con lucidez, llamas de negrura y de claridad, a la vida se va y en ella se habita malheridamente, y el poeta lo conoció:

> ...con tres heridas:
> la del amor,
> la de la muerte,
> la de la vida (cf. «Llegó con tres heridas»).

Esta manera de irse empapando de realidades, con sus marcas inefables, fue síntesis y preludio de toda su producción, entramado que le dejó marcado imborrablemente, que le iba asediando, y lo repite en «Escribí en el arenal»: «Escribí en el arenal / los tres nombres de la vida: / vida, muerte, amor. / Una ráfaga de mar, tantas veces ida, / vino y los borró». Tenacidad que le envolvía, lastimándole, y como bumerang de ida y vuelta, la omnipresente muerte. Y al poeta le borraría del vivir, al llegarle la hora, «en los veneros del pueblo», lo que precisó en «Sentado sobre los muertos», la muerte invisible y sembrada siempre. Esta panorámica malherida la dice Jorge Guillén (cf. «Tréboles», en «Clamor», de «Aire nuestro»), la vida que se escapa y en su caída cobra velocidad, la ley de la gravedad que arrastra en su total y actuante atracción, el viaje hacia la tierra. La vida, una vez caída, ¿podrá levantarse y volar de nuevo? La duda, y más que dudar, necesidad de creer en perduración de la semilla. No siempre el dolor. Acuden aquí versos lorquianos del final del «Llanto por Ignacio Sánchez Mejías», ese anhelo ardiente de «tardará mucho tiempo en nacer si es que nace» (cf. «4. Alma ausente»), si es que renace, una luz tan rica de aventuras, una palabra tan adicta a la emoción de los latidos más poemáticos. Lo miguelhernandiano no es fácil de repetición y con valores tan preclaros.

Insoslayable desembocadura

Las razones de una biopoética enardecida, fuego sostenido por su propia germinación, nunca totalmente usado, y en llamear no amainado, no desgastado. Es igual que cantase el ímpetu que el sosiego. El acento más desnudo y naturalísimo de la palabra de su poesía. No se había disfrazado. No hubo deserción ante las adversidades. Llamas en acción y llamando al amor y a todos y a España. Lo de piel de toro de la geografía se simboliza en un toro real y testimonial. Con empleo de verbos que sustentan de modo socio-sensible al hombre con su tiempo. Los ensueños dentro de la sangre. La lucidez intuitiva y cuya presencia se refrenda poemáticamente. ¿Una amistad que le vino de Alberto por surcos esteparios de la zona vallecana? Todo podría ser. Coincidieron en darle alas al fuego el poeta y el escultor. Eco que se concreta, así y aquí, la conocida escultura albertiana, aquella estrella en lo alto del recorrido, que alumbra y orienta y es soñada emoción, la estrella consejera y guiadora, popular siempre. Todo se situaba, sabiéndolo más o menos, o incluso sin relacionarlo, en J.R. Jiménez como fuente de estrechamientos apasionados: «la poesía es lo espontáneo sometido a lo consciente». ¿Puede ser y escribirse de otro modo? Sólo desnuda y amorosa y hasta impulsadora fue

la voz miguelhernandiana, apoyándose en verbos que son como vigas de la estructura englobada, lo que vemos en «Llamo al toro de España», litanía y elegía y que se asemeja a un autorretrato del poeta, llamándose, hablándose, aconsejándose, estimulándose. Yo remedo así su enfoque. Recordemos; y sólo entresaco la esencialidad verbal, sin su contexto:

- Despiértate.
- Desencadénate.
- Revuélvete.
- Atorbellínate.
- Levántate.
- Yérguete.
- Truéntate.
- Sálvate.
- Esgrímete.
- Víbrate.
- Abalánzate.
- Sálvate.

Como ondas de oleaje, como cerco de acometidas, y el poeta insiste en la salvación, le aconseja al toro que se salva. ¿No es proclama que se autodirige y que a todos ofrece? Redoble de creencia y de esperanza. Salvarse, sin descanso, y es el camino, tanto para el toro como para el poeta y el pueblo. El camino es muy concreto y recorrerlo conlleva fidelidad y obediencia: quemarse, arder, amar, soñar. Ir desde el manantial a su logro, a su cometida, y por todos los cauces posibles, aunque sea inventándolos. Amor, por encima de todo, para vivir y sobrevivir. La emoción más vigentemente miguelhernandiana, lo sobrio y lo soñado, escueta lección de poesía confirmándose en su escenografía más personal. Hervor desnudo como si fuese símbolo: «denso toro de emoción y de España». La humanización de la palabra, y no su divinización como creo que le ocurrió a J.R. Jiménez.

Un fuego animador, con magia, y al recordarlo, hágase ético-sensible el corazón, y así se le sigue mejor por la estela al poeta oriolano, todo es esperanzador pese a lo oscuro del morir y tras nadie es todo, radicalidad de llamas:

- Después del amor, la tierra.
- Después de la tierra, nadie.

(canción 94)

- Después del amor, la tierra.
- Después de la tierra, todo.

(canción 97)

Trabándose a rajatabla el enfoque de lo absoluto: «nadie», y «todo». Desnudez que conmueve, estremeciéndonos como le hizo estremecerse a Miguel. La filiación de fecundidad, comprometiéndose como ilusionada simiente y como imán de versos dialogadores. Una soledad que asumía y juntaba otras soledades. El fervor de la palabra en su fuego de juventud ya sazonada por las situaciones de la vida cotidiana que fue la suya. Todo tuvo que depurarse, se decantaba su dolor en poemas punzantes, desgarradores. La desnudez más radical de la palabra y de su significación. Con todo el fuego que la mantenía en vilo.

¿Cómo podría negarse o emborronar o incluso olvidar lo que ya en 1936 (cf. «La Voz», Madrid, 17-4-1936) había escrito la sensibilidad crítica juanramoniana? Se comprobaba y se hacía evidencia. Leamos: «...la áspera belleza de su corazón arraigado rompe el paquete y se desborda como elemental naturaleza desnuda. Esto es lo excepcional poético». Acierto crítico en nada desmesurado o irreal. La fuerza de lo desnudo, y ya sea voz delimitada en ropaje o muy barroca, tuvo cumplimiento en Miguel. Lo elemental es la esencia, y de lo sencillo se deriva lo complejo, es sustancia y savia experiencia y síntesis. Es, asimismo, esperanza. Glósese como cada uno quiera, como mejor le convenga. La poesía miguelhernandiana se basaba en su fuego iniciador y en su fuego continuador. Sin posibilidad de ruptura o dicotomía. Una poesía en llamas, hermosa, emocionada, y atinadísima. A mi modo de ver, una auténtica afirmación de humanismo,

una evidente clarificación y dignificación de la palabra de poesía. Con el amor y el pueblo y España en el corazón, eco directo por todas partes. Aquel llamamiento estremecedor en persistencia de desasosiegos:

Sálvate, denso toro de emoción y de España.

Ya lo he señalado antes, pero vuelvo a repetirlo, se condensa este fuego en incesante progresión, se desviste más y más, es continuada elevación y hondura y esa desnudez desemboca en esencialidades, ratifica que es perpetua la pasión de sus llamas, de creatividad natural y personal con ahínco en su trabajo. El afán de salvarse mejorándose y ardiendo en los propios abismos de ser y vivir amando y soñando. El fuego de su poesía en memoria de la memoria y como aliento de latidos y recuerdos.